

SÒNIA HERNÁNDEZ

EL LUGAR
DE LA ESPERA

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2019 by Sònia Hernández Hernández
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-17346-75-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 8559-2019

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Javier, mi hermano, ha telefonado para decirme que está decidido a denunciar a sus padres. Al principio me ha parecido una broma y le he seguido la corriente. Con frecuencia entre nosotros dos hilvanamos conversaciones absurdas que pueden durar un buen rato. Los dos hablamos, serios, construyendo argumentos disparatados. Nos gusta creer que somos unos virtuosos de la ironía. El problema aparece con otros interlocutores no tan dispuestos a entrar en el juego y a los que les molesta esa actitud sarcástica tan cercana a la displicencia: los dos hermanos estamos por encima del bien y del mal, y ya nadie nos engaña, porque conocemos las trampas que se esconden por todos lados. El caso es que yo pensaba que Javier querría mantener una de esas charlas absurdas. Le he dicho que sí, como consecuencia de su denuncia, finalmente nuestros padres acaban yendo a la cárcel, tendremos que turnarnos para hacerles compañía, y que de ningún modo podría eximirse de esa responsabilidad. Él seguía hablando en serio y ha dicho que no le importaría ir a visitarlos cuando fuese su turno. He tardado un buen rato en apercibirme de que no estaba jugando.

Hace poco me dijo que ya había tocado fondo. Sin embargo, ahora el suelo vuelve a agrietarse bajo sus pies, cree que todavía puede caer más bajo. Sigue viviendo en el piso minúsculo que le presta su amiga. Dice que se encuentra en una situación extrema, que ya no sabe cómo va a seguir adelante, que se siente totalmente desconectado de la realidad. Dice que ya no quedan puentes que unan el espacio indeterminado en el que habita y la realidad donde todo el mundo, mejor o peor, parece desenvolverse. No entien-

de por qué todo le ha salido tan mal. Ha decidido que va a denunciar a sus padres porque, cuando era niño, cuando todavía no había sucedido nada, no lo educaron ni lo prepararon para lo que vendría después, es decir, para lo que está llegando ahora.

No sólo va a denunciar a sus padres, que son los míos, sino que está dispuesto a iniciar todo un proceso judicial contra el Ministerio de Educación, o el de Bienestar Social, o el que sea. Se supone que la Administración—el Estado—es la responsable última de la integridad de los administrados. Y su integridad está en peligro. El Estado le ha robado, dice. Si nació con las mismas posibilidades que todo el mundo, en algún momento se las han robado o las ha perdido. Nadie le enseñó los detalles del funcionamiento del sistema, el pacto social o como lo quieran llamar. Me ha pedido que lo ayude, dice que yo tengo muchos contactos, que probablemente conozca a algún jurista que le eche una mano para enfocar el caso. Sólo quiere que lo orienten un poco para no equivocarse con la elección del abogado. Me ha preguntado también si sé cómo se hace para que le asignen uno de esos abogados de turno, esos que te defienden gratis, porque te tocan a boleo, porque sí, porque todos tenemos derecho a la justicia en este mundo tan injusto.

Malva calcula que dentro de dos años podrá volver a actuar. De nuevo, ha perdido peso, y sus ojeras siguen tan oscuras como en los últimos tres años. Pero también es cierto que así gana en expresividad, ella que como actriz ha de transmitir tantas cosas. Esa sombra hace que parezca que tiene los ojos más grandes. Siempre han llamado la atención, tan redondos, tan oscuros. Y perfectamente complementados con su sonrisa suavemente irónica. El director de *casting*

no podía imaginar que acabaría robando todo el protagonismo a la adolescente lánguida, pálida y de ojos claros que entonces interpretaba el papel principal en la serie de televisión que hasta hace poco ostentaba el récord de longevidad en pantalla. La mantuvieron muchas temporadas, incluso después de que los guionistas decidieran liquidar a la lánguida de ojos verdes.

Malva tuvo que dejar el instituto porque tenía muchas horas de rodaje y porque las lecciones particulares que empezó con especialistas de la voz, de interpretación, de baile, de yoga y cosas así no le permitían asistir con nosotros a clase. Se hizo famosa. Casi le perdimos el rastro.

Tampoco estuvimos cerca cuando cayó. Ella lo llama «la caída». No sabemos exactamente qué le diagnosticaron. Malva lo resume diciendo que se le cruzaron los cables y que se perdió. Tuvo mucho miedo. Más miedo que al salir al escenario. Mejor dicho, fue como si, después de tantas lecciones y varios años ya de interpretación, hubiese estallado dentro de ella el miedo que tendría que haber sentido en cada una de las actuaciones, en cada una de las sesiones de rodaje en las que no parecía sentir los nervios. Era la dueña de la situación y de la cámara. Pero, un día, todo el pánico acumulado explotó de repente. Algunos de nosotros dijeron que había flirteado demasiado con las drogas. Ella sonríe, con su sonrisa magnífica, y no aclara si de verdad tomó demasiada droga, ni si nos perdona por todas las cosas que dijimos de ella.

Ahora le han rebajado la medicación. Sigue trabajando en el mismo restaurante de los últimos cinco años. Le gusta hablar con los clientes. Cada vez la reconocen menos. Hace mucho tiempo que dejaron de emitir, por fin, la serie en la que aparecía. Y han estrenado otras muchas desde entonces. Ella le dice a todo el mundo que le quedan dos

años para volver a actuar. Algunos de nosotros creen que lo tendrá difícil para volver a trabajar, pero ella, a pesar de todo, está segura de que la llamarán otra vez para actuar en el teatro y en alguna de esas series televisivas que se emiten ahora. Pero ya no es tan joven como cuando tuvo aquel arrebato de miedo y pánico, aunque Malva a veces sonría como si tuviese aún esa misma edad.

Alguno de nosotros ha dicho en más de una ocasión que escribirá una obra de teatro especialmente pensada para ella. Hace tiempo que oímos ese comentario, pero nos consta que aún no ha empezado nadie a escribirla. Todavía tenemos un plazo de dos años. Queda tiempo para escribir esa obra de teatro y hacer otras muchas cosas más. Algunas escenas sí que las hemos oído relatar. Por ejemplo, una que parece la primera de la posible obra, aunque también sería factible que todo el montaje se desarrollara en un único acto.

Aparecen un hombre y una mujer sentados en lados opuestos de una mesa. Podría ser que estuvieran cenando o almorzando; en todo caso, celebrando algo. Por otra parte, también es posible que la mesa sólo sea un recurso escenográfico para sentar a los dos protagonistas cara a cara. Solíamos ir al teatro, pero de eso ya hace mucho tiempo. Es posible que dejáramos de ir cuando Malva enfermó. En la obra de teatro que nos gustaría escribir para cuando ella vuelva a actuar dentro de dos años, el hombre y la mujer mantienen una conversación. Es difícil saber de qué hablan ni qué tipo de relación los une. Creemos que el principal objetivo es demostrar que todas las relaciones son la misma, que nos comportamos igual con la pareja que con un padre, una madre, un hermano, un alumno, un compañero de trabajo o un amigo. En el diálogo hay insatisfacción, pero no reproches. No podemos culpar a los demás de lo que nos

sucede. Eso lo sabemos todos, aunque mi hermano quiera denunciar a sus padres y al Estado. Malva nunca ha culpado a nadie de lo que le sucedió cuando era famosa. El pánico y el miedo sólo le pertenecían a ella. La obra de teatro que escribiremos será interesante, eso seguro. Los actores hablan de tal manera que parece que todo lo que dicen merece ser escuchado con atención. Por eso hablan así. A algunos de nosotros no les gusta la manera como los actores pronuncian las palabras, es demasiado teatral. Pero sí que nos gusta el teatro. Solíamos ir con frecuencia, y a lo mejor dentro de dos años volvemos a ir tanto como antes. Dentro de dos años, Malva no será tan joven como lo es ahora. Si alguien consigue, por fin, acabar la dichosa obra de teatro, tendrá que tener en cuenta que la protagonista no puede ser una mujer tan joven como lo era Malva cuando se hizo famosa por salir en una serie de televisión. No tiene que importar la edad de la mujer, porque a algunos de nosotros no nos importa demasiado la edad. Estamos contentos de haber llegado a ese momento en el que ya no ansiamos tantas cosas. A lo mejor nos faltan un par de años para estar aún más tranquilos, pero ahora está bien. Algunos de nosotros seguimos aquí, y tenemos que estar contentos por eso. Nos conformamos.

Hay muchas cosas de las que no se puede hablar con Malva. Por ejemplo, no le diríamos que dentro de dos años ya no será tan joven. Hay muchas cosas de las que no le vamos a hablar. Hay muchas cosas de las que hemos dejado de hablar.

En nuestra imaginación, a veces aparecen escenas de lo que podría ser la dramaturgia para el regreso de Malva a los escenarios:

—En el edificio donde mis padres han vivido muchos años, y yo también, vivían unos traficantes de drogas. Bueno, mejor dicho, trapicheaban, menudeaban.

—Pensaba que no ibas a hablar de la familia.

—Así es, no voy a hablar de mis padres, tampoco de los hermanos que menudeaban droga.

—¿Entonces?

—Bien pensado, quizá sí quiera hablar de los vecinos de aquel edificio. Tenían un aspecto enfermizo. Entraban y salían de la cárcel; o eso creíamos. Uno de los dos hermanos estaba siempre enfermo. No se le entendía cuando hablaba porque tenía una voz muy ronca, llevaba una muleta y cojeaba ostensiblemente.

—Estás hablando de tus recuerdos de infancia.

—No, no creo que sean imágenes que pertenezcan a mi infancia. Las recupero ahora porque quiero hablar de ellos, no de mí. El hermano que estaba enfermo parecía siempre a punto de morir. Fumaba constantemente. Cada vez que desaparecía por una temporada, pensábamos que finalmente había muerto. Y entonces nos daba más miedo que vivo. Pensábamos que lo de vender droga, o lo de ser drogadicto, se contagiaba, como el sida, la enfermedad que estaba matando a tantísima gente. Y teníamos miedo de contagiarnos alguna de las dos cosas. No queríamos ser drogadictos, nos habían convencido de que era lo peor que podía sucedernos. Yo rezaba por las noches para que nunca fuese una drogadicta.

—¿Ves como lo que pretendías era hablar de ti?

—No, en absoluto. No hablo de mí. Estoy utilizando la primera persona del plural. Eres tú quien se empeña en ponerme en evidencia.

—¿Es de Malva de quien queréis hablar?

—Tal vez sí. Su historia da para mucho más que la nues-

tra. Pero quiero seguir sin hablar de lo que no quiero hablar.

—¿Por qué has querido que nos viéramos?

—Empiezo a agobiarme con tantas preguntas. No quiero hablar de mí. Sólo quería contarte que los dos hermanos que trapicheaban con drogas en el edificio donde vivían mis padres parecían estar siempre enfermos, siempre a punto de morir. La ambulancia venía con frecuencia y aparcaba delante del bloque de pisos. Iban a su casa; y a veces también la policía. Los vecinos se asustaban en los dos casos, pero todos les tenían aprecio. Uno de ellos, el que no usaba muleta, sabía mucho de electricidad y ayudaba a todos los vecinos cuando se iba la luz los días que había tormenta. No es que sucediera muy a menudo, pero es lo que recuerdo. Las instalaciones de los suministros del edificio eran muy viejas, y era fácil que se fundiesen los fusibles. Algunas vecinas les ofrecían parte de los guisos que preparaban para su propia familia. Era la compensación por devolverles la luz cuando había apagones. O tal vez, simplemente, lo que sucedía es que a aquellas vecinas les gustaba cuidar de los hermanos.

»A muchas personas les gusta tener que cuidar de otros. Encuentran en ello algo parecido a su misión en la vida. Todo el mundo quiere cuidar de Malva, aunque no es fácil saber si a ella le gusta que la cuiden los demás o, por el contrario, lo aborrece. Mira con sus ojos redondos, sus ojeras oscuras y su sonrisa levemente sardónica, y no dice nada. Pero deja que los demás cuiden de ella. Un día me encontré con Malva en el edificio donde han vivido mis padres durante tanto tiempo. Ella no lo sabía. Se sorprendió cuando nos encontramos y se alegró de que nos viéramos. Siempre se alegra cuando se topa con algún conocido. Cualquiera diría que Malva es una persona alegre. Le gusta transmitir alegría. Pero a veces también hace pensar a quien la ve

que está muy sola. Yo aquella tarde pensé que estaba muy sola. Ahora lo parece menos. Dice que se está recuperando. Cuando me la encontré, ella iba a ver a los hermanos que menudean droga. A lo mejor ella no había rezado lo suficiente cuando éramos pequeñas.

—¿Todavía rezas?

—Ésa es otra de las cosas de las que no voy a hablar.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—No me gusta esta escena. Y no se trata de lo que yo quiero. Se trata de lo que puede pasar. De lo que va a pasar.

—Siempre están sucediendo cosas. Te alarmas con demasiada facilidad. Todo es mucho más fácil. Recuerda, lo importante es seguir respirando.

—Malva dice que dentro de dos años volverá a actuar porque entonces ya estará recuperada del todo. Hasta hace muy poco tiempo, dos años no era la medida de nada. En dos años no sucedía apenas nada. Ahora me parece un tiempo en el que se pueden producir muchos acontecimientos. Van a suceder muchas cosas. Hay algo de escalofriante en el anuncio de Malva, como una amenaza. Dentro de dos años empezará una nueva vida. Se habrá recuperado y empezará una etapa decisiva. Los chicos que trapicheaban con droga en nuestra infancia parecía que estuvieran a punto de morir en cualquier momento, pero han pasado muchos años y siguen vivos. Una de sus hermanas está muy enferma. Ella no les va a sobrevivir. Hace mucho tiempo que no se ven porque viven muy lejos los unos de los otros. Pero de eso tampoco quiero hablar. Tal vez sólo quería hablar de los hermanos traficantes porque me he acordado de que me encontré allí con Malva y que ellos siempre parecían enfermos, y que de pequeños pensábamos que su enfermedad tal vez era contagiosa.

En esos dos años durante los cuales Malva va a acabar de recuperarse, Sergio asegura que él hará algo importante. Muchos de nosotros ya hemos renunciado a la posibilidad de hacer nada realmente meritorio. Sergio no. Dice que está obligado, que todos deberíamos intentarlo, aunque, por otro lado, también entiende que ya no tengamos energía para planear nada. Algunos de nosotros han tenido hijos. Sergio no. Y yo tampoco voy a hablar de eso. De hecho, el propósito era no mencionar todos esos temas de los que no queremos hablar. No mencionarlos es una manera, tal vez contradictoria, de hacer que estén presentes. Sí queremos hablar de Sergio, porque él todavía quiere hacer algo importante. Dice que la única manera de entender una cosa es actuando, formando parte de lo que sucede. Quiere hacer algo que sea notorio y que tenga alguna utilidad para los demás. Quiere que el fruto de su trabajo sirva para algo. Le gustaría luchar contra el capitalismo. Sí, lo dice exactamente así.

—Pero esa lucha ya la perdimos.

—La habéis perdido vosotros.

—La perdemos todos, todo el tiempo.

—Sergio no se resigna. Cree que todavía le queda margen para luchar. No soporta el victimismo de algunos de nosotros. Pero no va a militar en ningún partido, ni en ningún grupo o colectivo. Quiere combatir solo, como un mesías. Quiere hacer algo importante solo, y no se da cuenta de la contradicción que eso supone.

Muchos de nosotros nos reímos o nos sonrojamos cuando Sergio dice que nos hemos rendido demasiado pronto. Otros nos ponemos tristes porque sabemos que ni siquiera hemos intentado luchar. Algunos de nosotros somos

muy cobardes. La lucha de Sergio se parece mucho a esa curación de Malva que tiene que producirse en los próximos dos años. Ambos están convencidos de que sucederán acontecimientos que cambiarán la realidad en la que vivimos ahora. Y que ellos tendrán un papel destacado en lo que ocurra. Dentro de dos años, todo será diferente. Ella podrá volver a actuar, y él podrá dejar de hacerlo porque su lucha ya habrá surtido efecto.

Uno y otro necesitan un plan. Eso sí que nos lo han enseñado. Tendríamos que diseñar ordenadamente las diferentes acciones que se han de llevar a cabo para que el proceso obtenga un resultado satisfactorio. No sabemos cómo ha planeado las cosas Malva, tampoco el plan mediante el cual Sergio va a hacer algo importante contra el capitalismo. Dice que nuestras vidas todavía pueden ser diferentes, aunque muchos de nosotros sabemos que hay días en los que uno no se siente con la fuerza necesaria para hacer nada. Es más, hay días en los que creemos que no se debería hacer ningún movimiento, porque no sirve de nada. Tal vez, para olvidar esos días, Sergio se impone la obligación de hacer algo todavía indeterminado pero importante. Ya no soporta las conversaciones quejumbrosas. Algunos de nosotros piensan que nuestro amigo merece conseguir su objetivo, alcanzar lo que desea, pero no se nos ocurre qué cosa podría hacer él para cambiar o mejorar nuestra vida. Hasta hace poco, a casi ninguno nos gustaba nuestra propia vida, pero ya hemos empezado a ver las cosas de otra manera, e incluso nos surge el miedo a perder lo que apreciamos.

Tal vez es por todo esto que Sergio dice que nos hemos rendido demasiado pronto. A todos nos gustaría que él descubriese un remedio capaz de curar las enfermedades más horribles. Pero sólo dispone de dos años para hacerlo.

Nos bastaría con que encontrase un remedio para curar

definitivamente la enfermedad de Malva. También bastaría con que diese con las palabras justas para convencer a la gente que hace cosas que no nos gustan de que dejen de hacerlas. Eso sería importante de verdad. Olga dice que a ella tampoco se le ocurre qué es eso tan importante que podría hacer Sergio, pero sabe tan bien como todos nosotros que tiene el talento suficiente para hacer cualquier cosa que se proponga. Eso es lo que siempre hemos dicho todos nosotros sobre Sergio, y también sobre alguien más.

Eso mismo decían en las notas de primaria, entonces Educación General Básica, de mi hermano, Javier: que tenía las facultades necesarias para hacer todo lo que se propusiese. Ahora quiere denunciar también a los profesores que escribieron eso, al colegio, al ministerio y al gobierno que había detrás. Tal vez, si Sergio conociera estos planes de mi hermano, le parecería una acción lo suficientemente importante. O se irritaría por considerarlo una muestra de victimismo intolerable. Si se decide a iniciar el pleito, tal vez mi hermano provoque algún acontecimiento trascendente que modifique la realidad tal como la conocemos. A muchos de nosotros nos parece una ocurrencia desesperada. No alcanzamos a imaginar de qué manera podrían resarcir a Javier del agravio que supone que, según él, todo el mundo lo haya engañado, incluidos nuestros padres, que no supieron prepararle para todo lo que le esperaba. Algunos de nosotros piensan que, en buena medida, mi hermano se ha buscado lo que le ha sucedido. En su vida todo es diferente a lo que él esperaba—si es que realmente es capaz de describir coherentemente lo que esperaba—, pero nadie excepto él tiene la culpa de que el mundo y sus procesos le resulten tan ajenos. Además, cuando éramos niños, él acostumbraba a jugar en la calle con los vecinos que traficaban con droga.

—Otra vez hablas de la familia.

—La familia ha estado desde el principio, está siempre. Sin embargo, eso no significa que yo vaya a seguir ocupándome de ella. Sergio quiere hacer algo importante en menos de dos años y mi hermano va a denunciar a sus padres y al sistema educativo de todo un país porque está convencido de que lo engañaron.

—No lo dirán de verdad. Para los dos casos nos sirve un diagnóstico tan sencillo como es la insatisfacción. A estas alturas.

—No, probablemente no lo dicen en serio. Pero a muchos de nosotros nos satisfaría que consiguieran algo, que mi hermano obtuviera algo de su denuncia. Nos contentaría porque eso significaría que Javier ha sido capaz de hacer algo, y porque también, quién sabe, conseguiría algo, y demostraría que, efectivamente, las cosas pueden cambiar. Sergio no es el único que está cansado del victimismo.

—Las leyes están para cumplirlas. La convivencia y la civilización serían imposibles si no las respetáramos.

—Las leyes son quebrantadas continuamente por muchas personas. A veces es lo que las hace avanzar.

—¿Así es como piensas ayudar a tu hermano? ¿Sabes tanto de leyes para asesorarlo?

—Me molestan tantas preguntas. Éste no es el camino.

—¿Qué pretendías? ¿Qué esperabas?

Cuando Malva vuelva a actuar y Sergio haya conseguido hacer algo importante, tal vez mi hermano haya denunciado el sistema educativo y político. Quizá lo único que espera es que lo indemnicen económicamente. Dinero para enderezar la situación. A veces pasa ese tipo de cosas. ¿Dictarán una sentencia que obligue a sus hijas a que quieran verlo y

a amarlos? ¿Alguien le dirá que él estaba en lo cierto, que es verdad que lo engañaron y que es víctima de un sistema corrupto y putrefacto, de una historia brutal? ¿Qué hará cuando consiga una respuesta?

Entre todos nosotros deberíamos dar con una persona capaz de razonar y que le haga entender que nadie tiene la culpa de sus fracasos. Sus padres son, si cabe, más víctimas que él. Aunque tampoco él tiene la culpa. Hay una ingente retórica para explicar que no es culpa de nadie y que no pasa nada, que no se puede dilucidar nada. Es más, entre todos nosotros deberíamos ser capaces de dar con alguien que le diga que lo suyo no es un fracaso, que aún existe la posibilidad de encontrar soluciones para los problemas más urgentes que sufre, porque sigue siendo un hombre joven. Cosas como las que le afligen les suceden a muchas personas. Sus padres no tienen la culpa, y por eso no tiene sentido que los quiera denunciar. Alguien le explicará que ellos lo hicieron lo mejor que pudieron, que no es fácil criar un hijo, y que la dificultad aumenta cuanto más prole se tiene. Nadie les enseñó a ser padres, fueron jóvenes en una época mucho más gris de la que le ha tocado vivir a mi hermano. Él no puede ni imaginarse lo que fueron aquellos años. Tuvieron muy mala suerte con la historia que les tocó vivir. Porque es cierto que la suerte existe, tan verdad como que no se puede escoger el momento histórico en el que venimos al mundo. Se escoge otro tipo de cosas. Y sus padres tuvieron mala suerte, mucha.

Mi hermano dice que para mala suerte la suya, pero no considera que sea una cuestión de mala o buena suerte, dice que él no pidió venir a este mundo, y que si lo trajeron, quienes lo hicieron tendrían que haberse responsabilizado de él, porque no se entiende nada. Se siente engañado porque hizo lo que le dijeron que tenía que hacer. Era amigo de

quienes menudeaban droga, pero nunca hizo nada malo, o eso nos parece a muchos de nosotros. No supo dar forma a un núcleo familiar, que ahora le evitaría la desesperación en la que vive. Tampoco debió de serle fácil levantar lo poco que ha construido: una familia desestructurada o disfuncional, y a ratos muy infeliz. Así lo diagnosticaron, aunque es posible que ya les hayan cambiado el nombre otra vez a las familias que, como la suya, no son en verdad familias. Si él hubiese sabido las consecuencias, o sea, todo lo que ha pasado después, tal vez se habría comportado de otro modo. Dice eso ahora que ya no se puede hacer nada y que sirve de muy poco que lo diga. No se conforma con la idea de que no se puede hacer nada. Es un hombre joven. Pero no quiere empezar de nuevo, a veces parece que tampoco quiere seguir adelante. Tampoco es un hombre nostálgico. Sencillamente, no sabe qué puede hacer. Está cansado. Lo que de verdad desea es que alguien le diga que todo va a volver a estar tan bien como cuando todo iba bien, pero tampoco recuerda en qué momento fue así. Por eso tampoco quiere volver atrás. Lo que de verdad le gustaría es despertarse en un escenario diferente, pero sin sentirse extraño, que todo sea más fácil, dejar de estar cansado.

Mi hermano ya no quiere buscar más, justo lo contrario que Sergio, que está seguro de que va a encontrar algo importante. Dice que todavía hay muchos secretos que desconocemos. Por ejemplo, los científicos sólo saben lo que sucede en una parte muy pequeña del cerebro. Olga, su pareja, está de acuerdo. Ella dice que la vida es un continuo misterio que se nos va apareciendo en el camino, y que por eso es tan maravillosa, porque nunca sabemos lo que nos espera y con qué nos sorprenderán. Hemos venido precisamente a vivir todos esos imprevistos que a veces nos asustan tanto. Tenemos que asumirlo desde el principio. A mu-

chos de nosotros no nos gustan las sorpresas. Sergio mira a Olga. Por una parte, le complace que la mujer que tiene a su lado hable de esa manera; pero algunos de nosotros saben que ellos dos no están diciendo lo mismo. Los misterios de Sergio no son los de Olga. Él está seguro de que existen muchas cosas que no vemos porque tenemos muy atrofiada la percepción, pero que en efecto existen. Y todo ese mundo que no vemos forma parte de nuestra existencia. Y el secreto que quiere descubrir está muy relacionado con eso que permanece oculto pero que seguro existe. Hay otras personas que dicen cosas muy parecidas. Y se repiten constantemente.

Sergio también dice con frecuencia que se siente en deuda con la sociedad en la que vive. O quizá no es eso exactamente lo que quiere decir, sino que está obligado a devolver a la sociedad algo de lo que él ha recibido. Así se forma la cadena por la que el ser humano ha existido durante millones de años. Todo lo opuesto a mi hermano. Sergio quiere contribuir de alguna manera a hacer el mundo más grande y más comprensible. Quiere que miremos hacia lo que no vemos, que dejemos de observar los objetos que determinan nuestra manera de vivir. Insiste en que el poder nos está oprimiendo sin que seamos conscientes.

Bien pensado, el discurso de Sergio no es tan opuesto a la queja de mi hermano. El Poder, el Estado, el Sistema: diferentes nombres para referirse al responsable de todos los problemas que nos afligen. Alguien tendría que haber velado por nuestra seguridad. Sin embargo, en ocasiones nos sentimos amenazados o en peligro. Sergio se siente en deuda con la sociedad en la que ha nacido, pero eso no significa que le guste, en absoluto. Cree que ha sido sometida a una gran cantidad de perversiones, por eso se siente obligado a actuar para intentar solucionar algo. En cambio, mi her-

mano exige que lo arregle quien lo ha estropeado a lo largo del tiempo. Nunca creyó que hubiese acontecimientos irreversibles. Algunos de nosotros piensan que no entiende el tiempo, es decir, lo que significa el paso del tiempo. Sergio dice que no lo puede entender porque el tiempo no existe. Otros de nosotros consideran que alguien debería explicarle ciertos conceptos claramente a mi hermano, como que el último y único responsable de lo que le ha pasado es él. Pero no va a aceptar ese argumento. Es imposible que el ser humano esté tan solo, y que tenga tanto poder para autodestruirse. Bien mirado, sería mezquino.

Casi todos fracasamos, y eso debe de ser una prueba de algo. Malva se sintió muy fracasada cuando las cosas dejaron de irle bien, pero dice que dentro de dos años volverá a trabajar en el teatro. Mientras tanto, sigue contratada como camarera. Algunos de nosotros sentimos mucha envidia cuando dice que dentro de dos años volverá a ser actriz, porque ya sentimos mucha envidia cuando se convirtió en la intérprete más famosa de la serie de moda hace ya muchos años; y también sentimos envidia porque somos incapaces de imaginar qué sucederá dentro de dos años.

Hay vidas que cambian mucho en ese tiempo, aunque algunos de nosotros piensen que sus vidas no han experimentado grandes cambios. Tal vez no hacen falta dos años, porque los cambios se producen en un segundo: las cosas eran de una manera y de repente pasan a ser de otra. No, no es cierto, no es siempre así. Con las flores, por ejemplo, se produce todo un proceso, muy lento, en el que se pueden ir observando los diferentes pasos que se dan para pasar de un estado al otro. Sí, eso es lo normal, pero también se producen acontecimientos que lo alteran todo en un único instante, sin la posibilidad de poder devolver las cosas a su sitio.